

en la que el peso de las creencias sociales cobrará cada vez un mayor protagonismo.

Las claves hermenéuticas que el profesor Tzvi Medin ofrece sobre la recepción de Ortega en España son una valiosa aportación a la comprensión de este fascinante y complejo período de

nuestra historia y poseen la virtud de intentar situar al lector por encima de simplificaciones partidistas. Por todo lo dicho, sólo nos queda recomendar la lectura de este libro bien tramado, ágil y ameno y esperar la segunda parte de la obra.

DE LA DEMOCRACIA DELIBERATIVA A LA DEMOCRACIA DEL PÚBLICO

SIMEONI, Monica: *Una democrazia morbosa. Vecchi e nuovi populismi*, prefacio de Stefano Ceccanti. Roma: Carocci, 2013, 144 p.

ORCID: 0000-0003-4921-060X ANDREA DONOFRIO
ORCID: 0000-0001-5621-636X ENRIQUE CABRERO BLASCO

El libro *Una democrazia morbosa* de Monica Simeoni reflexiona sobre la crisis de la democracia actual y el florecimiento del populismo en diferentes países. En una amplia cabalgata intelectual y altamente política, que se mueve desde el filósofo José Ortega y Gasset al ex cómico Beppe Grillo, pasando por Barack Obama y Silvio Berlusconi, la autora aborda el tema del populismo, uno de los actuales elementos que está poniendo de manifiesto una crisis real del sistema, aunque en sí mismo no representa una respuesta a la crisis que denuncia. La obra de Simeoni consta de dos partes, diferenciadas aunque relacionadas por la temática. La primera parte la dedica a Ortega, y, en función del análisis que hace del pensamiento político orteguiano, desarrolla la segunda sobre el populismo, con atención al

caso italiano pero sin obviar el marco europeo, americano y ruso.

Nos centramos, en primer lugar, en las páginas que dedica a Ortega. Para lo que explicará más adelante en su parte sobre el populismo, la autora recoge uno de los conceptos importantes en la filosofía política de Ortega como es el de "masas", al que hay que situar en una lista que sería propia de la terminología política orteguiana: "liberalismo", "democracia", "nación" o "Estado", por ejemplo. La tesis de Simeoni se centra en la temática de *La rebelión de las masas*, pero, sin embargo, a la hora de explicar el pensamiento político de Ortega, lo enmarca, en gran medida, en la etapa del franquismo (p. 27). Esto desvirtúa un poco la forma que Ortega tenía de concebir la política, pues muchos de sus planteamientos tuvieron estrecha relación con el día a día de otros períodos históricos: la Restauración, la Dictadura de Primo de Rivera y la II.^a República. Porque si, como algunos intérpretes dicen, el período más o menos largo que abarcaría la segunda parte de la República, la Guerra Civil española y el franquismo corresponde al de un Ortega conservador, no es de despreciar que

otro periodo, también más o menos largo, es el de un Ortega que políticamente se sumerge en el socialismo, el reformismo y el liberalismo democrático.

La lectura que hace Simeoni de la obra política orteguiana muy centrada en *La rebelión de las masas*, de cuyo ensayo se podrían extraer las influencias, entre otros, de Comte, Stuart Mill y Nietzsche, destaca la relación de esta obra con Tocqueville principalmente, tal vez por la premisa de la que parte de encuadrar el pensamiento político orteguiano en lo que se ha venido denominando segundo Ortega. Simeoni analiza la relación entre minorías y masas, a cuyos planteamientos de Ortega responde a veces con argumentos de otros autores, pero donde no queda claro del todo si es opinión de la autora para confirmar o contradecir la teoría orteguiana. En consecuencia, habría que tener en cuenta que la relación entre minorías y masas va más allá del mero mecanismo social, y que otros factores como los históricos o antropológicos, que pueden verse en *España invertebrada* (1922) por poner un caso, son de especial consideración, sobre todo si son reflexionados desde postulados filosóficos. Simeoni se refiere a Ortega como "sociólogo" –o estudioso– y nunca como filósofo, un aspecto llamativo porque Ortega ofrece un fundamento filosófico en el asunto de lo social.

Otra piedra angular de la que Simeoni hace observación es el tema de la aristocracia orteguiana, la cual define en tanto que el pueblo tiene preferencia por convertirse en plebe, porque ser minoría requiere de cualidades reflexi-

vas y éstas son cosas que exigen un difícil compromiso que la plebe no está dispuesta a adquirir. Esta aristocracia es descrita por Simeoni como pesimista ante las posibilidades vitales de las personas (p. 36). Y, por ello, la autora mantiene que la aristocracia en Ortega no es puntual, sino una constante caracterizadora.

Tras las revisiones de la cuestión de las masas por un lado y de la aristocracia por otro, Simeoni llega al concepto de democracia morbosa, sobre el que gira el contenido del libro. Si bien Ortega, conforme a su teoría liberal, hace una disección de la democracia para ver sus implicaciones en la vida de los individuos, y termina desechar la hiperdemocracia o la democracia participativa porque pensaba en la dificultad de representar al número tan abrumador de personas que había resultado del aumento demográfico desde la primera mitad del siglo XIX, apuesta, entonces, por una democracia deliberativa como forma de representación de ese número tan ingente de personas. Sin embargo, Simeoni entiende que ahora es el tiempo de lo que denomina como democracia del público, cuyos rasgos generales señalan la distinción de observaciones justas y propuestas coherentes de las falsas exigencias y la captación de valores positivos que llevan a una mejor calidad de vida (p. 43), y para tal pretensión insiste en la conveniencia del uso de los medios de comunicación y de todo tipo de plataformas digitales para tener conocimiento de las intenciones de voto.

En la parte relativa a la democracia del público (pp. 82 y ss.), usa esta

expresión para definir la actual sociedad, cuyas características son: el protagonismo de los medios de comunicación, la importancia de la opinión pública, la desaparición de la palabra *programa* en las campañas electorales, la transformación de los partidos de masa en partidos carismáticos y post-ideológicos. Añadiríamos la simplificación del mensaje, la videocracia, la repetitividad de unas breves *condignas* políticas y la espectacularización de la política, así como la exaltación de las redes sociales y las nuevas tecnologías.

Tendríamos que matizar que la solución de Simeoni, como propuesta de superación de la democracia deliberativa se inserta en un contexto de política italiana donde la tradición liberal tiene poca repercusión y cuenta con un peso limitado y en donde varios ejemplos históricos han estado mediados por la estricta vinculación con las ideologías conservadoras. Esto ha entorpecido, en ocasiones, la comprensión de la complejidad del liberalismo político orteguiano, el cual no siempre ha de relacionarse con convicciones conservadores. Algunos textos de Ortega son esclarecedores a este respecto, al menos en lo tocante al grueso de su teoría liberal (*vid.*, por ejemplo, “De puerta de tierra”, de 1912, “La nación frente al Estado”, de 1915, o “Prólogo para franceses”, de 1937).

Otra parte significativa del libro es la dedicada a la nación y al Estado. Simeoni define por nación, y a propósito de Ortega, una realidad ganadora (“realtá vincente”) resultante de una unión de la cultura y la política, en la que la lengua, las creencias y los usos

serían los elementos culturales que caracterizarían la nación (p. 48). En efecto, sigue muy de cerca a Ortega en la idea de que la nación no es producto de condicionantes biológicos o geográficos, y que hay que referirse a un conjunto de hombres que comparten un proyecto y un pasado en función de un futuro. Pero Simeoni termina inspirándose en el concepto de Estado nacional, que le lleva a dar cierta identificación entre nación y Estado (pp. 50-51). La justificación de esto tal vez la encontramos en su tesis sobre la democracia del público, con la que trata de superar la visión de una nación de índole liberal.

Para enmarcar todo ello en el proyecto de una construcción de Europa, Simeoni ofrece una valoración positiva de los argumentos europeístas de Ortega. Subraya que procuró no quedarse sólo en las causas de la decadencia del ciudadano europeo, y dice que los partidos nacionales tendrían que presentar programas en clave europeista, asumiendo la realidad europea y sintiéndose parte de Europa. En este sentido, de acuerdo con la autora, el hombre-masa ha ido adquiriendo cada vez un protagonismo mayor, pero con este protagonismo se ha hecho presa de sus propias emociones y sentimientos hasta el punto de mermar su sentido crítico. Y, para Simeoni, esta coyuntura ha hecho que el hombre-masa no quiera *obedecer* sino servir, que se incline por no ser gobernado sino sometido a un tirano (p. 70). Y sitúa, de esta manera, a Ortega en la línea de Le Bon, Riesman y Canetti, en tanto que autores que con distintos enfoques se integran en una

misma forma de explicar la modernidad.

Precisamente, Simeoni vuelve a profundizar sobre este tema del hombre-masa en la parte que trata sobre el populismo. Ahora bien, tenemos la impresión de que la autora pueda estar usando indiscriminadamente las expresiones hombre-medio y hombre-masa. No obstante, las dos expresiones son diferentes desde el punto de vista semántico. Muy brevemente, el hombre-masa es aquél que cree tener derecho a todo, sin ninguna obligación, que reclama derechos sin nada a cambio. Por su parte, el hombre-medio es el hombre de la sociedad, el que intenta participar en la política, tener mayor protagonismo social. No es el que se considera por encima y reclama más Estado. A este respecto, la autora hace bien en destacar la actualidad de las reflexiones de Ortega.

Así es como Simeoni apunta que no es casual que la dialéctica orteguiana entre ejemplaridad y docilidad tiene su plena articulación cuando las élites tienen la capacidad de exponer modelos civiles y culturales de convivencia y actuación política. En el fondo de esta preocupación reside la importancia de la educación como base del progreso de una sociedad, premisa sustancial en el pensamiento político orteguiano y que Simeoni tampoco descuida en su análisis sobre el tejido social en un contexto europeo.

En cuanto a las reflexiones sobre el tema del populismo, la autora lo considera “estilo y lenguaje de la política contemporánea”, mientras que el neopopulismo es “el malestar de la demo-

cracia representativa” (p. 17). Simeoni denuncia el abuso en el uso de la palabra populismo en la actualidad. Coincidimos con la autora al considerar que se trata de un forma de simplificar y banalizar el problema. La etiqueta populismo resulta ambigua y, en los últimos tiempos, se ha usado frecuentemente de forma impropia, abusando de ella para definir realidades muy diferentes entre sí.

El libro avisa del peligroso avance del populismo, alimentado por la crisis de las ideologías tradicionales (p. 125). Los partidos tradicionales, tanto de izquierdas como de derechas, parecen cada vez menos ideológicos: se sirven de un líder mediático, de un mensaje beligerante y de un ideario tan abstracto como atractivo. Merece la pena subrayar que los promotores del populismo moderno destacan por la fuerza *destruens* de su discurso: muestran una actitud destructiva, carente de fase constructiva. Es parte de su *fortaleza* así como la falta de un programa concreto –marcado en temas económicos por el anacronismo y la utopía– menos ilusorio y más factible.

En este contexto, Italia representa sin duda el caso más interesante. En sus páginas, el libro pone de manifiesto la peculiaridad italiana, subrayando la extrema debilidad de las instituciones a nivel nacional (p. 110). Es evidente la crisis de la política y de los partidos tradicionales, el descrédito generalizado de una “casta” política inmóvil y despreocupada, el creciente malestar ciudadano: estos elementos representan un peligroso caldo de cultivo para el surgimiento de movimientos antipolíticos. No obs-

tante, el término parece impropio: quizás sería más oportuno tacharlo de *demandas de otra política*, ambición por contar con una oferta nueva, diferente a la tradicional clase dirigente nacional. No se trata de un rechazo de la política, sino más bien de una repulsa por un cierto tipo de política, de la democracia presentada en estos términos.

El libro debate sobre la crisis de la democracia actual, criticando a los partidos y a las élites italianas (y no sólo) por ser incapaces de responder a los desafíos de la globalización (pp. 13, 111 y ss. y 121). Asimismo, se reprende a una clase media cerrada en sí misma y a una Europa incapaz de plantear un camino económico y político común para enfrentar los retos actuales. No cabe duda de que estos elementos favorecen la aparición del populismo, objeto de deseo no sólo de nuevas formaciones políticas, sino también tentación de viejos partidos. El apelar al pueblo es un instinto y, a la vez, un intento de autolegitimarse. En este contexto, la demanda de mayor democracia directa está íntimamente ligada con la crisis de los partidos: no se acepta la *mediación* de los partidos tradicionales y se admite como válida sólo la voluntad popular.

El interés sobre el tema de la crisis de la democracia actual lo certifica el volumen de publicaciones de estos últimos años, divididas entre los partidarios de modificarla y reformularla y aquéllos que abogan por su reforma radical o sustitución por otro sistema. Al mismo tiempo, aparecen nuevos conceptos –como, por ejemplo, *postdemocracia* de Colin Crouch o *contrademocracia* de Pierre Rosanvallon– y nuevos gu-

rús, promotores supuestamente de una nueva democracia. Si no resulta difícil describir los síntomas y determinar el diagnóstico, mucho más arduo resulta encontrar una cura. Parece evidente la necesidad de transformar la democracia tal y como la conocemos hoy en día. La impresión es que estamos, en palabras de Aldo Schiavone, en presencia de un “síndrome de deslegitimación democrática” (*Non ti delego. Perché abbiamo smesso di credere nella loro politica*), una disociación entre ciudadanos y una determinada forma de democracia. Por eso, se hace urgente una actualización, un cambio de sistema determinado por las nuevas condiciones sociales, económicas y tecnológicas. No se trata de renunciar del todo a la representación, abogando exclusivamente por una nueva democracia directa (hoy está de moda hablar de *e-democracy*, democracia digital o democracia 2.0), ya que esto supondría una peligrosa ilusión: como bien afirma Schiavone “nuestras sociedades son demasiados complejas, articuladas y difíciles de gestionar para ser gobernadas” de forma digital.

El populismo es “un caleidoscopio heterogéneo” en palabras de Nicolao Merker (*Filosofie del populismo*), que se amplifica en momentos de crisis, casi como si fuera un termómetro del malestar general (p. 18). En el caso de Italia, en los últimos años hemos asistido a varios tipos de populismos: el *tele-populismo* de Berlusconi, el *populismo regional* de la Lega Norte y el *populismo digital* del *Movimento 5 Stelle*. En el caso del *ex cavaliere*, su existencia no se apoya sobre una ideología concreta sino más

bien sobre una forma de gestionar, una manera de administrar la *res publica*. El populismo de Berlusconi representa un *instrumentum regni*, un instrumento útil para construir el consenso.

Tras un breve recorrido histórico sobre el tema, desde sus orígenes hasta la modernidad, la autora se centra en Europa y, sobre todo, en el caso italiano (pp. 110 y ss.). Sin duda, una de las partes más interesantes del libro. La deriva populista tan evidente en países como Grecia, Francia u Holanda, no deja inmune ni siquiera a Alemania y a los países nórdicos: nacen partidos y movimientos que intentan canalizar la protesta, dando eco a la difundida demanda de cambio y regeneración. Avanzan propuestas (muchas con finalidad electoral), y se caracterizan por la *apelación directa al pueblo o a los ciudadanos*, el menosprecio de la democracia representativa y la modernidad en la comunicación, salpicada de gestos demagógicos. En este panorama, Italia no es una excepción, sino más bien la confirmación del malestar general. Y en es-

to tiene razón la autora: no se deben considerar los nuevos fenómenos emergentes con superioridad y suficiencia. El avance del populismo y el éxito electoral de partidos populistas deben ser objeto de reflexión, comprender por qué se erradican, analizar los errores cometidos por una clase política cada vez más distante de los problemas reales de los ciudadanos. Un electorado cada vez menos ideologizado y volátil puede sentir fascinación por estas propuestas o votar por despecho. La situación actual debe impulsar a los partidos tradicionales a comprender el cambio, entender que los ciudadanos demandan una política diferente. Es la única manera de enfrentarse al neopopulismo, a todas aquellas formaciones que atacan las ideologías y que hablan en nombre del pueblo y al pueblo.

Concluyendo, se trata no sólo de una lectura crítica de la sociedad actual, sino también de una atenta reflexión sobre el populismo, fenómeno *in crescita* en Italia y en Europa.